

VII

Domingo 17 de Octubre.—Pascuala me había dicho que le llevara cuatro florines para comprarse un gorro encarnado. Se los he dado esta tarde, y, muy colérica, los ha arrojado á la maleza.

En seguida se ha echado á llorar y se ha desgarrado las manos para buscarlos á la luz de la luna entre las zarzas. Me los ha devuelto, á excepción de uno que no ha podido encontrar.

Acaso una niña tan linda como Pascuala Ivanovitch tiene defectos ó vicios; importa poco: debe tener, á pesar de esto, algo hermoso en el corazón; en el estado salvaje, la belleza física es incompati-

ble con la fealdad moral. Como no hablamos el mismo idioma, me falta absolutamente tiempo para descifrar y comprender su modo de ser; no puedo apreciar, al contemplarla, más que lo que ven mis sentidos: la belleza del cuerpo.

En mármoles de Paros, en mármoles pentélicos, esculpían los griegos jóvenes formadas como Pascuala Ivanovitch. No se puede creer que esta belleza sea sólo materia admirablemente modelada; debe haber también en el corazón un *algo* puro y grande.

18 de Octubre.—Ha vuelto el buen tiempo, la calma, el cielo del Mediterráneo.

Los pasados días de lluvia han hecho al aire más ligero y transparente. Son más vivos y más bellos los matices de todas las cosas, el azul irisado de las montañas, el azul oscuro de la mar, el verde esmeralda de los mirtos que cubren las rocas, el rojo de las granadas, el verde oscuro de los olivos, y las moles de piedra se destacan en la altura, sobre el cielo, ya en color gris claro de ceniza, ya en tinte blanco de lava.

Por la tarde reina una atmósfera tibia en la mon-

taña; la luna llena ilumina los senderos, bordados de mirtos y de matorrales.

En el cercado de olivos espero á Pascuala..... media hora, una hora..... Pascuala no viene. Me acerco con cuidado á la choza que está cerrada. Se oyen dentro las voces de los dos ancianos, que parecen dirigirse reproches, reñir fuertemente en slavo, y la voz de Pascuala, que responde muy bajo, y también la de Juan, su hermano.....

A media noche el *Helicón*, que había ido á tomar órdenes á Italia, vuelve con noticias políticas que parecen graves. Dicen que nuestra manifestación contra la Albania está terminada, que la escuadra internacional va á ser disuelta, y que nosotros volveremos á Inglaterra.

19 de Octubre.—He corrido por la montaña todo el día; he subido muy arriba, por encima de las nubes, con intención de cansarme mucho, de no pensar en Pascuala por la tarde, y de dejar tranquila á la pobre niña.

¡Qué bien estaba allí, tan arriba, echado en el hueco de una roca, entre los enebros y los arbustos,

plantas débiles y raquíticas de las cumbres; solo, muy lejos de los hombres, en la punta extrema de la montaña más alta de Baozich!

Bien abrigado del viento frío que reina en las cimas, calentado por el sol que entraba en mi escondrijo de piedra, miraba desplegarse á lo lejos, bajo mis piés, inmensas perspectivas.

Había llegado allí, subiendo primero por senderos de cabra, bordados de mirtos y tapizados de musgo. En la región húmeda, donde quedan las nubes, había en los huecos de las piedras plantas de helechos finas y frescas.

Después nada de senderos; rocas grises que tuve que escalar, rasgándome las manos con los espinos de las malezas, que crecían entre las hendiduras, como plantas que hubiesen temido, al caer de tal altura, ser arrastradas por el viento.

Cuando mi reloj marcó las dos salí de mi escondite para ir á sentarme á un sitio próximo, al extremo de la última piedra de la cumbre. Soplaba un viento tal en esta altura, que me costó trabajo sostenerme. Empecé á agitar en el aire, poniéndolo en el extremo de un palo largo, un ramo de acebo; esta era una señal convenida con el *Temerario*, que pa-

recía, visto desde allí, una mosca sobre el agua. A las dos en punto de la tarde, los anteojos de larga vista, de á bordo, debían estar dirigidos á este pico de la montaña.

Después volví á mi nicho de piedra y permanecí allí mucho tiempo; no tenía gana ninguna de volver á bajar.

Veía á vista de pájaro las ondulaciones de las crestas de las montañas, huyendo por debajo de mí, y yendo todas á confundirse en una inmensidad azul, que era el Mediterráneo; y más lejos, en los últimos límites del espacio, el círculo vagamente dibujado del horizonte de las aguas parecía subir en el aire.

En aquel momento comprendía muy bien la existencia de las águilas ó la de esos ermitaños solitarios que viven en las cimas; me parecía ver y juzgar todas las agitaciones de la vida humana, como si yo no perteneciera al mundo, y dominándolas desde lo alto, me absorbía en la contemplación de lo infinito.

Debajo, muy lejos, había, sin embargo, algo sombrío, que se mantenía mucho más alto que yo en el cielo.

Era la cadena de las sombras del Montenegro.

Los cortes de sus picos estaban claros y perfila-

dos, pero sus bases más indecisas parecían disolverse, confundirse en el vacío, inclinándose hacia mí, como masas que van á caer. Mirarlas fijamente producía vértigos.

El día avanzaba, y yo tenía apetito; bajé con rapidez y volví á bordo poco después de la puesta del sol.

VIII

Pero cuando llegó la noche, salté á tierra y me encontré en los senderos de Baozich. Primero me dirigí al lado opuesto á la cabaña de Pascuala, y después retrocedí y subí al bosque de los olivos.

La hora había pasado, pero Pascuala Ivanovitch estaba aún allí, y me esperaba. Me dijo algo en slavo, que debía significar esto: «¡Qué tarde vienes á la cita!»

.....
.....
No sé el tiempo que pasó: solo sé que la temblorosa voz de la vieja llamó, como de ordinario, con el mismo tono de siempre: «¡Pascuala! ¡Pascuala!.....»

Esta se levantó y echó á correr.
Yo quedé tendido en el suelo y me dormí.

Me desperté con un gran frío; caía el rocío sobre mis vestidos. La luna había salido del fino encaje negro de las hojas de los olivos, y me miraba llena, como un ojo helado y muerto.

Oí muy lejos, en medio de este silencio de la noche, una especie de fanfarria triste, con redobles de tambor: el último toque de cubre-fuego de los barcos ingleses.

Sin duda era muy tarde, y mi canoa, después de haberme esperado, se habría ido hacía mucho tiempo.

Bajé á la playa. La cabaña en que los bateleros se detenían á beber estaba cerrada. Las barcas de éstos estaban amarradas á unas piedras.

Distinguí, pegado á un árbol, á un hombre con traje dálmata, que podía ser también batelero, y me aproximé á él. Era Juan.

—Tus marineros han venido á esperarte—dijo—han temido que te hubiese ocurrido alguna desgracia en la montaña, y han ido allí. ¿No has estado con mi *sorella* (hermanita) esta noche?

—Le dije que no, y sin duda no me creyó, pero

no insistió más.—Dijo simplemente con tono duro:

—Bien, si quieres, entra en mi barca. Pero esto te costará cinco florines, porque es de noche.

.....

A bordo del *Temerario* dormían los marineros.—Pasé por debajo de las filas de sus hamacas colgadas, y entré en mi cuarto, que estaba á oscuras.

Encendí las bujías, y me quedé sorprendido al encontrarle lleno de flores, como un altar de la Virgen. Canastillas de mirtos, ramas olorosas de naranjo y rosas.

Me había olvidado ya de estos ramos, enviados por la mañana de Baozich. Mi criado, durante mi ausencia, los había puesto en agua, arreglándolos á su manera, con una simetría como la de las capillas. Estaba bonito, sin embargo, y hacía un efecto extraño ver las flores mezcladas con las antiguas telas brochadas de Ragusa, y con las armas, antiguas también de Oriente, brillantes de nacar y metal. Dejé los ramos como él los había puesto, á pesar del peligro de sus perfumes.

Cansado como estaba, me acosté entre todas estas flores, y caí en un sueño lleno de sobresaltos y de visiones.

Un ensueño de esta noche:

Yo había muerto. Estaba en un cementerio, sentado en la piedra de mi tumba, en el crepúsculo de una tarde de verano. Volaban por el aire bandadas de mosquitos y mariposas, y había flores por todas partes, entre las tumbas y entre la hierba crecida de los cementerios.

Yo reconocía el lugar: era aquél en que descansaban mis abuelos muertos; experimentaba yo ese horror particular que me dejaba frío cuando me llevaban allí, por la tarde, en mi infancia, para ponerles coronas; una especie de tristeza, una clase de espanto que no se puede expresar con palabras humanas..... Está formado de impresiones, de sentimientos vagos, indefinibles, que son como recuerdos ó intuiciones de cosas extra-terrestres, y se experimentan más claramente, se está más cerca del objeto de estas concepciones misteriosas en el sueño que en la vigilia.....

Yo estaba solo en el cementerio á la hora del crepúsculo, sentado sobre mi tumba; tenía conciencia de no ser más que una visión, una cosa impalpable, un fantasma, una apariencia de sér, persistiendo todavía por la tensión y la fuerza de mi propia voluntad. Sentía, sin embargo, que bien pronto me desvanecería para siempre, extinguiéndome en la

nada, y quería luchar contra el fin último; sentía yo la angustia de que mi cuerpo humano no existiese ya—la angustia de mi carne, de la materia de mi vida que había desaparecido..... Y tenía sueños de juventud, y de fuerza, y de amor, y de embriaguez de los sentidos, y de embriaguez de vivir..... Y aún deseaba yo todo esto, que se había concluido para siempre..... Verdadero fantasma, sentía que iba á desaparecer.

Había en las avenidas del cementerio gentes que yo había conocido; y me levantaba, salía á su encuentro, tendiéndoles la mano para ensayar mi aspecto, para pasar por vivo, para ver si ellos se equivocaban..... Avanzaban, trataban de tocarme; encontraban el vacío y pasaban de largo..... De repente se acordaban de que yo había muerto, se pintaba en sus ojos un terror horrible, y huían. Entonces, un furor grande contra los vivos hacía presa en mí; tenía verdaderos deseos de fantasma; de espantar, de hacer daño, de infundir miedo; y las perseguía, corriendo tras de ellas sobre las tumbas, exclamando—«¡Uh!..... ¡uh!.....»—y dando gritos lúgubres.

Cuando ya las había perseguido mucho, me vol-

vía á sentar sobre mi piedra para esperar á otras. Sentía que me extinguía por instantes, á pesar de la tensión de toda mi voluntad—que me iba, que me iba—que bien pronto no me vería yo mismo.

Sin duda era un crepúsculo de Junio; había en el cementerio perfumes de flores; perfumes tan suaves, tan penetrantes, que me desvanecían; había guirnaldas de rosas en todas las tumbas, y altas hierbas floridas, sobre las cuales las mariposas y los mosquitos bailaban continuamente sus ligeras rondas. Todo esto me llenaba de deseos de vida y de amor, á mí, que estaba muerto.....

De repente ví á Pascuala Ivanovitch que pasaba por una avenida, con cabras blancas. Pascuala no debía saber que yo había muerto, porque esto acababa de sucederme repentinamente; avancé hasta ella..... Me miró sonriendo..... la estreché contra mí, y ví entonces que podía experimentar aún todas las embriagueces.....

Eran las cinco de la mañana. Vinieron á despertarme para las maniobras. Me levanté apresurado, me lavé con agua fría la cabeza, que me dolía mucho, y subí al puente cuando ya empezaba á ser de día.

—Las flores de los mirtos y de los naranjos pueden dar sueños muy sombríos.

A las seis estábamos dispuestos para maniobrar en alta mar. A las nueve estábamos en ella. El Adriático, tranquilo y azul. Ejercicio de cañón todo el día; mucho ruido y mucho humo, bajo un hermoso sol. Oficiales franceses y rusos estuvieron invitados. Resultó de esto, por la tarde, un gran banquete internacional.

Vuelta á la bahía de Baozich al oscurecer. Yo estoy de servicio á la llegada y por la noche de guardia, desde las doce hasta las cuatro de la madrugada.

Hasta mañana no podré volver á ver á Pascuala Ivanovitch.

30 de Octubre.—Diez días más que hemos pasado ante Baozich.

Estas espantosas montañas forman como una muralla de separación entre lo que hay aquí y lo que hay fuera de aquí, en otra parte cualquiera; yo me acostumbro á esta gran bahía tranquila, á este rincón aislado de la tierra. Aprendo poco á poco palabras slavas con Pascuala, y las gentes sencillas de la montaña me conocen ya.

He pasado hermosos días de libertad en estos campos silenciosos, vagando por caminos sombríos, que suben ó descienden bordeados de mirtos y de helechos. De trecho en trecho, y entre el verdor espeso de los bosques, se encuentran viejas aldeas,

con casas de piedras ennegrecidas por el tiempo; aldeas que se sostienen no se sabe cómo, verdaderamente colgadas sobre abismos. Las gentes de allí tienen semblante primitivo y salvaje; pero las chozas están todas rodeadas de naranjos en flor y de rosales.

Paseándose sin rumbo por senderos hechos para las cabras, y á veces abriéndose paso entre las ramas se vé á sorprendente profundidad el agua azul, sobre la cual parece dormida nuestra escuadra; ó bien en el aire, entre ligeras nubes, se entrevé la mole de piedra del Montenegro, cuya cima baña la luz del sol.

El otoño es la más encantadora estación en estos países mediterráneos. El campo huele bien y son admirables los bosques. El sol, que aquí se retarda para madurar los higos azucarados, las rojas granadas y las naranjas, caldea todos los días, en ciertos repliegues de la montaña, verdaderos edenes, rincones privilegiados y deliciosos, cubiertos todavía con las flores del estío.

Crecen las higueras por todas partes, entre las rocas, sembrando sus frutos esquisitos en la tierra de los caminos. El que quiere se los lleva sin dificultad. Los bosques están llenos de granados; sus sabrosos frutos se abren y se desgranán, esmal-

tando el musgo y las hojas secas de perlas rojas, que parecen rubíes.

Nadie come estas granadas, pero cuando se tiene sed se recojen bastantes granos, se aplastan de una pedrada y se bebe el agua rosada, fresca y perfumada, que destilan. Pascuala es quien me ha dicho esto.

Todas las tardes, cuando los últimos resplandores dorados se extinguen sobre las cimas de piedra, cuando la obscuridad descende á lo profundo de los valles, suena la hora en que Pascuala me espera en lo alto del bosque...

31 de Octubre.—Era domingo, y se había autorizado por primera vez, para saltar á tierra, á algunos pobres marineros de todos los navios de la escuadra elegidos entre los más prudentes.

La antigua ciudad de Castelnuovo, la única de los alrededores, á dos horas de camino de Baozich, había sido visitada por ellos y habían ocasionado allí gran alboroto.

(Cattaro, mucho más alejada, no les era accesible por tierra.)

De ocho á nueve de la noche estuve sentado en los mirtos con Pascuala, cerca del camino de Castelnuovo; nos divertimos viendo pasar á los rezagados, que venían á tomar sus lanchas en Baozich.

El silencio de la noche y el zumbido regular de los grillos se interrumpían á ratos con su animación; cantaban en diferentes idiomas canciones de su país. Los más alborotadores fueron seguramente cuatro rusos, extraordinariamente alegres, que llevaban una cosa informe: era uno de sus amigos, ébrio del todo; tenían con él el mayor cuidado; sólo que como estaban cansados por traerle desde Castelnuovo, de cien en cien metros lo dejaban en el suelo y se sentaban encima para descansar. Después volvían á emprender su camino al compás de un cántico slavo.

Produjo miedo á Pascuala este simulacro de entierro á la luz de la luna, y se refugió en su choza.

Una decena de austriacos pasó después; eran los últimos, venían alegres, animados, y cantando una preciosa canción. Estos me vieron y se pararon con objeto de apostar sobre cuál sería mi nacionalidad. Después, uno de ellos, se quitó el gorro y se adelantó con mil reverencias, rogándome que *les hiciera el favor de decirselo*.

Respondí al azar que era francés; esto produjo gran entusiasmo: todos me estrecharon la mano y se retiraron pidiéndome mil perdones por haberme molestado.

Si en esta ocasión hubiese tenido la ocurrencia

de decir que era italiano, probablemente hubiera recibido fuertes golpes. Y sin embargo, en italiano sostenían ellos su conversación: eran dálmatas, como todos los marinos del Austria; y el idioma de sus enemigos era también el suyo.

Es muy curiosa la amistad entre los franceses y los austriacos. En nuestra escuadra de Babel, donde es preciso fraternizar con todo el mundo, subsisten todavía las simpatías y los odios nacionales; así, es notorio que los franceses forman bando con los austriacos y los italianos con los alemanes.